

Todas las plantas necesitan del sol para su completo desarrollo: el sol de la niñez cristiana, debe ser el conocimiento pleno y firme de las sublimes bellezas de su Religión. ¿Y de qué manera conseguiremos que se graben en su alma esas bellezas sublimes? Ningun medio mejor para conseguirlo, que colocar en sus pequeñas manos buenos libros, pero un tanto amenos y en lenguaje sencillo y claro, para que sin cansarles les diviertan, y divirtiéndoles les instruyan.

El presente libro, que dedico á la niñez católica, está impulsado por ese laudable objeto: he alternado en él, la prosa y el verso, tanto por el ejercicio vario en su lectura, como porque la poesía es una música, y el oído de los niños gusta mucho de ella; y gustando de ella, leerán con agrado un libro en que he tratado de reunir los principales pasajes y parábolas de la vida santísima de Jesucristo, con el único fin de grabarlos en su corazón tierno y puro.

Sin embargo, al espresarme así, no tengo la pretension del mérito: porque demasiado conozco mi inutilidad para las letras; empero me guía el deseo único de cooperar en algo á la fomentación del espíritu religioso entre los niños.

A costumbrada estoy á manejar el corazón de la niñez mucho tiempo hace; y por lo mismo, creo que mi trabajo no será estéril. Dios que ha guiado mi mano hasta aquí, hará que ella le acoja con alegría y lea con provecho sus mal escritas páginas.

¡Dichosa yo, si tan feliz éxito viene á coronar mis esfuerzos en el difícil cuanto noble trabajo que hoy emprendo!

*La Autora.*

## Cánticos y Armonias

# SOBRE LA PASION

## INTRODUCCION

### JUSTICIA Y CLEMENCIA.

En el principio del mundo, cuando la naturaleza pura y virgen acababa de salir de las manos del Eterno, crió Dios al primer hombre á su imagen y semejanza. Pero viendo que no estaba bien solo, le dió por compañera una mujer, la que fué formada de una de sus costillas, mientras que dormía.

Adán y Eva vivieron felices: eran por decirlo así, dos ángeles á quienes el Señor conferia el dominio sobre todo lo que la tierra producía.

Su palacio era un bellissimo jardín, situado entre dos grandes rios, el Tigris y el Eúfrates.

Las brisas asiáticas besaban con orgullo la cuna de los primeros moradores de la tierra.

El sol dorando las cimeras de los árboles, sa-



zonaba los frutos que debían refrescarles en las calurosas horas del día.

Las humildes violetas, los aromáticos nardos y las elegantes rosas, perfumaban el tapete de flores en que sus pies se deslizaban.

Aves variadas de distintos tamaños y colores, armonizaban con sus alegres trinos los vistosos bosquécillos de arrayanes, donde los cervatillos jugaban en la yerba.

Empero la Omnipotencia Divina quiso probar la obediencia de los padres de la humanidad.

«De todo árbol comereis—les dijo—ménos del que teneis ahí á la vista.»

«Y tened entendido, que si de él comiereis, morireis.»

Aquel árbol era un manzano: su fruta, hermosísima á la vista, incitaba á comerla.

Adán y Eva no debieron nunca haber quebrantado aquel precepto, mucho ménos cuando no tenían que desear nada, puesto que en torno suyo se dejaba ver en toda su virilidad, una eterna primavera, ostentando los frutos más exquisitos, variados y hermosos.

Peró Satanás se había propuesto perderlos.

Un día que Eva se había quedado sola, cerca del manzano, la serpiente tentadora le dijo:

—¿Por qué de todos los árboles has comido y de este aún no pruebas el sabroso fruto?

—Porque mi Dios y Señor—contestó Eva—me ha dicho que de todos coma ménos de éste; pues si tal cosa hiciere, moriré en el instante.

—¡Oh! no lo creais—le dijo Satanás—Dios sabe que si de él comiereis, sereis como dioses, y se abrirán vuestros ojos á la ciencia del bien y del mal; por eso os lo prohíbe: comed sin recelo y sereis tan poderosos y tan sábios como El.

La ambicion y la vanidad se apoderaron entonces del corazón de Eva!

¡Creyóse por un momento compitiendo con su Creador; abarcando con una mirada la inmensidad del oceano; empujando con un dedo la gran mole del Universo y haciéndola girar á su antojo. Se figuró sobre las estrellas, viendo estallar á sus pies las tempestades y la estridente vibración de rayo!

¡Su cabeza tuvo un vértigo; aquel vértigo debió ser muy terrible . . . .!

Tan terrible cuanto que era la caída de la inocencia; el destronamiento de la gracia; la mancha de la pureza; la fuga de la virtud; el encadenamiento de la libertad; la derrota del espíritu; la muerte del bien en el alma!

Tan horrible cuanto que era la elevación del pecado; la coronación del vicio; el triunfo de la materia; la vida del mal sobre el borrascoso oceano de las pasiones.

Eva comió del codiciado fruto é indujo á su marido á que gustase de él.

La espada de la justicia divina cayó sobre ellos tan veloz como lo había sido su falta al comerse.

Se vieron desnudos, y por primera vez tiñó la vergüenza su rostro y el remordimiento taladró



la tranquilidad de su alma, como un gusano roedor destroza en un momento las flores de un hermoso tiesto.

Una terrible maldición pesó sobre ellos y sobre la serpiente que les había seducido!

La espada vengadora de un ángel se interpuso entre los culpables y aquel bellísimo Paraíso, donde la gracia había arrullado con cariñosa mano, su tranquilo sueño.

Sus ojos se llenaron de lágrimas: las puertas de aquel delicioso palacio se habían cerrado para siempre; y solo vieron abierto á sus pies, un abismo terrible, próximo á sepultarles en su pavoroso seno.

Aunque la tierra es vasta, ellos no hallaban un lugar donde reclinar su cabeza, abrasada por el terrible dolor que les causaba la pérdida de la amistad de su Creador.

La tierra que pisaban, cubierta de guijarros, solo presentaba abrojos á sus pies; reptiles que se arrastraban, y cuya venenosa lengua les amenazaba constantemente, cuya mortífera ponzoña podía herirles, y herirles de muerte.

Pero en medio de tanta desolación, conservaban el recuerdo, la fé de una sagrada promesa.

Y así como el náufrago, al luchar con las encrespadas olas que braman en torno suyo, se hace á la tabla, que vé cercana, y no la suelta hasta que se halla en la arenosa playa, salvo de una muerte cierta; de la misma manera, Adán y Eva se acogían á la esperanza de aquella promesa salvadora.

La Justicia del Señor había pesado terrible y grande sobre los culpables; pero su Clemencia había exedido á su Justicia, como se vé en aquellas memorables palabras que el Señor dijo al pronunciar su terrible anatema: «Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linage y el suyo. Ella quebrantará tu cabeza, y tú le pondrás acechanzas á su calcañar.»

Palabras misteriosas en que se anunciaba el triunfo de una Mujer, por el poder de la gracia, sobre el imperio del pecado.

La rehabilitacion de la primer Eva, madre de los hombres y esclava del pecado, por la segunda Eva, María, Madre de Dios y Reina del Universo.

Eva había ofrecido al mundo, en la persona de Adán, el fruto amargo de la muerte; y María le ofrecía el fruto de la vida, en Jesucristo, segundo Adán, y víctima voluntaria de expiacion, en favor de la humanidad.

La Clemencia había superado á la Justicia Divina; y era digna solo de un Dios todo misericordia. ¡De un Dios cuyos brazos están siempre dispuestos á perdonar al pecador arrepentido!

---

SUPLICA.

¡Oh Dios! centro de amor y de clemencia, cuya justicia nunca deja de ser suavizada por el inagotable tesoro de tu infinita misericordia, y cuya mano, pródiga en dones, está continuamente a-



bierta para tus hijos! Jamás me he sentido tan dichosa como en estos momentos en que mis labios y mi corazón se ocupan en alabarte y bendecir tu santo nombre. Empero tu lo sabes, Dios mío; emprendo hoy un trabajo cuya grandeza supera á mi capacidad: me siento confundida ante esa tu Divinidad Increada, y no puedo menos que acudir á tí, fuente de santa inspiración, para que guíes mi mano; y des á mi pensamiento luz y gracia, para ocuparme dignamente de tí, único bien de mi alma.—Amén.—



## CANTO I.

## ZACARIAS.

Se aceleran los tiempos: todo avanza:  
Se acercan ya los venturosos días,  
En que la tierra cruzará el Mesías,  
En que el sol brillará de la esperanza.

Se preparan las nubes en el cielo  
Para llover al Santo de los Santos;  
El ángel de la paz eleva cantos,  
Marte suspende su terrible duelo.

¡Las naciones esperan! con fé aguarda  
El pueblo de Israel á su Deseado;  
Y allá en su corazón mira extasiado  
La dulce aurora que su dicha tarda.

Todo presagia que cercano se halla,  
A descender á la espinosa tierra,  
El que jamás en sus designios yerra,  
El que todo á su acento lo avasalla.

Apoyando la sien en sus laureles,  
Tranquila duerme la indolente Roma,  
Descuidada y feliz como Sodoma,  
Antes de ver ceniza sus verjeles.



En las altas montañas de Judea  
Nace el hijo del grande Zacarías,  
Precursos anunciado del Mesias,  
Años atras á la nacion Hebrea,

Dos milagros preceden su venida:  
¡Nace de estéril madre.....! y porque duda,  
La lengua de su padre queda muda,  
Al oír de Gabriel la voz sentida.

Voz que resuena aterradora y fría  
Del Sumo Sacerdote á los oídos;  
¡Y en cuyos ecos vagos y perdidos,  
Esta triste sentencia se envolvía!

«Mudo serás, por descreído padre,  
«Hasta que nazca lo que te he anunciado,  
«Lo que por Dios será santificado  
«Desde el fecundo seno de su madre.

«Mudo serás hasta que llegue el día  
«En que con gozo á tu Señor bendigas,  
«Y en el que el nombre de tu hijo digas,  
«Causa de dicha en la nacion judía.

«Sus hechos el Señor hará tan grandes  
«Que cruzando los mares y confines,  
«Resonarán de Helvecia en los jardines,  
«Y en las nubes montañas de los Andes.

«Será el ángel que clama en el desierto,  
«Como dijo el profeta Malaquías;

«El que irá preparándole al Mesias  
«Entre los hombres escogido huerto. »

¡Calla Gabriel, y entre el nevado incienso  
Las lumínicas alas luego tiende,  
Y el azulado firmamento hiende,  
Y va á perderse en estrellado inmenso!

Sale del Templo el Sacerdote anciano,  
En torno suyo el pueblo se aglomera,  
Y en medio de tan grande vocinglera  
Solo sabe hacer señas con la mano.

Curiosas le contemplan las judías,  
Le ven los hombres con asombro hablando;  
Al fin todos se alegran murmurando:  
¡Vision! ¡vision! ha visto Zacarías!



## CAPITULO I.

## ¡MARIA!

¿Qué haré? ¿tomaré la pluma, confiada en la bondad de María, ó la dejaré?

¡María! su solo nombre dulce como la miel de los panales, suave como los colores de la rosa, tierno como el gorgojo de las alondras, embriagador como el aroma de los lirios, puro y armonioso como el murmulio de la fuente ó como el arrulló de las tórtolas; su solo nombre, música celestial, en que se deleitan los ángeles, impulsa mi mano para que se deslice ligera sobre la tersura del papel!

¡María! yo espero en tu bondad, en tu ternura, en tu misericordia, como espera el náufrago en la tabla que ha de salvarle de las encrespadas olas; como espera el marino el regreso feliz á sus hogares, cuando al caer la tarde, sentado sobre la popa, ve dibujarse el horizonte entre las blancas brumas que se levantan del seno del Oceano

¡María! elevada palmera que se levanta en el desierto de la vida! "¡Plátano plantado en la corriente de las aguas," como tú misma dijiste, hablando de tu ser!

"Vid que brotó pimpollos de suave olor" yo espero en tí que eres mi esperanza!

¡Yo espero en tí, que eres la perla preciosa incrustada en la concha de la gracia!

¡Yo espero! y tengo razon al esperar en tí, que eres mi Madre: porque yo se que guiarás mi pensamiento y mi mano en esta obra, como la guias-te un dia en mi pequeño poema, "La Hija de Nazareth," el que sin tu auxilio quizá no habria llegado á su última página.

Yo sé que tú, mi Reina, serás para mí la misteriosa nube que guió á los Israelitas por el dilatado desierto de la Arabia.

Yo sé que tú serás para mí la brillante estrella que condujo á los Magos desde la gran ciudad de Seleucia hasta el humilde portal de Belen.

¡Yo sé, en fin, que serás el sol á cuya portentosa luz mi pensamiento tenderá su vuelo para cantar las bellezas de tu Hijo celestial.....!

María, hija de la gracia, elegida por Dios desde la eternidad, nació de los santísimos ancianos Joaquin y Ana, descendientes ambos de David por la rama de Zorobabel.

De tres años de edad fué llevada por sus padres al Templo, donde consagró á Dios su virginidad.

Este solo hecho manifiesta la gracia divina de que se hallaba investida la santísima Niña, desde su milagroso nacimiento; porque á mas de hacer un voto que en aquellos tiempos estaba muy léjos de admitirse, se admira que lo hiciera en una